



Mercado de Abastos de Toledo

El mercado municipal de abastos de la ciudad de Toledo, también llamado popularmente como Mercado de Rojas, se encuentra junto a la plaza Mayor de la monumental ciudad de Toledo, aledaño al teatro de Rojas, del que toma este sobrenombre.

El mercado está catalogado como Bien de Interés Cultural. Su inauguración tuvo lugar el año 1915, si bien su construcción comenzó en 1896. Es un bello edificio de ladrillo, hierro y cristal. Fue profundamen-

te renovado en el año 1985, sustituyendo el antiguo ladrillo por el actual de inspiración mudéjar que caracteriza el barrio alto del casco histórico en el que se integra.

Esta última remodelación tuvo por objetivo reforzar la oferta comercial de alimentación para la población residente en el bello y laberíntico casco histórico toledano. El nuevo edificio contaba con dos plantas por encima del pie de calle y dos sótanos para almacena-

miento y un potencial aparcamiento que aliviara los problemas de acceso al mercado desde otros barrios de la ciudad.

Sin embargo, el desarrollo urbanístico y residencial de la ciudad no iba a jugar a favor del mercado, ya que en la década de los 60 del siglo pasado iba a acentuarse la creciente tendencia de la población a residir fuera de los barrios del casco histórico contenidos dentro de la espectacular muralla que circunda la ciudad de Toledo en el margen derecho del río Tajo.

Fue así como en las sucesivas décadas, hasta la actualidad, la población fue asentándose en los actuales barrios de Santa María de Benquerencia, Azucai-ca, en los distritos de Santa Bárbara, Norte, etc. Como decimos, el desarrollo de los barrios periféricos fue provocando un paulatino abandono de los barrios del antiguo recinto amurallado.

Como podrán imaginar, la población residente en los barrios del centro fue envejeciendo paulatinamente y con ello la clientela que compraba en el mercado. Según el INE (Instituto Nacional de Estadística), la ciudad de Toledo tiene en la actualidad 85.811 habitantes. Aunque la población ha aumentado tímidamente en los últimos diez años, desde los 83.108 en el año 2011, sin embargo, la población residente al interior del espacio amurallado ha ido paulatinamente descendiendo.

La bella ciudad de calles estrechas y laberínticas, resultado de la superposición de tramas urbanísticas de origen visigodo, árabe y judío es un tesoro del patrimonio cultural mundial, inolvidable para una visita perdiéndose por la infinidad de rincones mágicos de la ciudad. Sin embargo, es una ciudad complicada para residir: por la dificultad de los accesos, sus desniveles y cuestas, la inexistencia de aparcamientos y, todo hay que decirlo, por la avalancha de turistas que inundan sus calles en un proceso de imparable turistificación que incomoda la vida cotidiana de los residentes.

Con esta información y la cercanía a la ciudad de Madrid donde resido, decidí hacer mi compra semanal en el mercado de Toledo.

Unos kilómetros antes de llegar a la ciudad, acercándome desde los campos de suaves colinas, asoman imponentes, dibujados en el horizonte los tejados y espadañas de una ciudad monumental espectacular y sobrecogedora. Bordeo las murallas de la ciudad que contornean al río Tajo ascendiendo hasta llegar al aparcamiento situado en lo alto de la ciudad. Desde allí, vericuetando por las calles estrechas de

pedra entre edificios con tejados y vigas de madera mudéjar, llegamos hasta la plaza de Rojas, donde aparece el mercado, bello, perfectamente mimetizado en la trama que le rodea.

Nada más entrar, llama la atención el supermercado que ocupa, yo diría, dos tercios del espacio comercial. Hace diez años, en plena expansión de los barrios periféricos y abandono de la población residente, el ayuntamiento transfirió a esta concesionaria privada de distribución el espacio comercial del mercado. Desde entonces, permanecen unos siete pequeños y verdaderos comerciantes al interior.





En la tienda de variedades, en mis tiempos, ultramarinos, compro un trozo de membrillo de Puente Genil (Córdoba), a granel y al peso. El sabor es sutilmente más auténtico que el que compramos envasado, porque el producto no lleva aditivos, los azúcares maduran al aire, alejados del plástico, de forma mucho más natural. Mientras el tendero, ya mayor y entrado en canas, pero muy animado y seductor, me cuenta cómo va a resistir hasta el final por el bien y la supervivencia mercado, en el que ha vivido y trabajado

toda su vida, veo en el mostrador jamón serrano en trocitos. El mismo lo corta y lo envasa al vacío: Perfecto para unos guisantes con jamón, así que va directo a mi carrito. ¿Algo más? –Me pregunta con una sonrisa abierta... Lo que me digas, tengo hueco aún en el carrito, respondo.

–Pues llévate un trocito de esta tarta de queso, también al peso y a granel, me la traen de un obrador. Pues listo. ¿Puedo pagar con tarjeta? Sin problema.

Levanto la cabeza y veo en un puesto contiguo: Frutas de Recas. ¿Serán de la comarca toledana de Recas? Pues efectivamente.

La comerciante me trata con total familiaridad, alejada de los formalismos y la cortesía obligada de las franquicias de distribución. Trato entre iguales, de comerciante a convecino, sin olvidar que soy cliente, pero sin servilismo ni subordinación. Me encanta la legitimidad de los comerciantes en su puesto. Lo he dicho mil veces en estos artículos: es como entrar invitado en la casa del comerciante, es un trato en todo semejante a la hospitalidad.

Yo le digo que voy a pasar unos días en Toledo y que estoy haciendo una compra por primera vez en el mercado. (pido disculpas desde acá por no haber-





me identificado; para mí, como antropólogo acostumbrado al trabajo de campo, es un principio fundamental presentarme en lo que soy, pero con tan poco tiempo, quería ser un cliente más, y así fue).

Lo primero que veo es que los pimientos, las coliflores, tienen tierra, son desiguales en tamaño y no brillan. Eso me da confianza en que es un producto de cercanía recién sacado de la tierra. La comerciante me lo confirma al instante: Todos los productos de huerta que oferta en sus cajitas, revueltos y terrosos, proceden de sus propios campos. Trabajan ella y su marido en las tierras que tienen en la comarca de Recas, a unas decenas de kilómetros de Toledo. Todos los productos son de temporada. ¿Qué más me llevo, le digo? Mira hijo, llévate unas zanahorias y unas berenjenas chicas que están recién recogidas. Y ¿cómo hago estas berenjenas? En vinagre no me gustan... Bueno, cuécelas un poquito y luego las pochas en la sartén a fuego lento con buen aceite de oliva y una punta de ajo. Ya verás qué buenas. Compró un par de puñados y al carro de la compra.

En la pescadería veo una lubina a buen precio. ¿Es de piscifactoría o salvaje? Le pregunto al pescadero, que trabaja con su mujer en el puesto. Estas pequeñas son de piscifactoría, pero esta grande es salvaje de mar. ¿No vendrá del Tajo...? Nos reímos... Una buena limpieza habría que hacer al río, la verdad, me contesta el pescadero. Bueno, ésta es una buena lubina, ¿te la preparo? Sí, limpia y abierta para ir al horno directamente, por favor. Y

con el manejo experto de todos ellos, va preparándola, mientras me cuenta que tiene que traer un pescado asequible para el poder adquisitivo de la clientela. Me confirma que el centro de la ciudad se vacía de residentes y la clientela no se repone con otros colectivos.

Yo pienso que podría haberse desarrollado un proyecto de futuro que adaptara el mercado a estos tiempos en que el turismo recorre la ciudad. Sin embargo, parece que el mercado, declarado Bien de Interés Cultural, ha quedado fuera del circuito. Me gustaría pensar que hay lugar todavía para relanzar el mercado en el marco de un proyecto de turismo sostenible, amable para la ciudad y sus tramas urbanas y sociales. Catorce euros... ¡Ah, sí! Pago y me voy a la charcutería.

Apenas veo al joven charcutero detrás de las patas de jamón colgadas en el frontal del puesto. ¿Tienes uno de la tierra? Le pregunto. Sí, éste es de la comarca de los Montes de Toledo. Son especialistas, procedentes de Los Yébenes, Navahermosa, Menasalbas, Polan, Pulgar y Galvez. -Pruébalo, me dice. Me da una loncha recién cortada. También el ofrece a un joven al que le he dado la vez. Parece que hay gente joven, amante del centro de Toledo, que quisiera volver a residir en el casco antiguo. Para estos jóvenes, la calidad de vida no pasa por tener el coche en la puerta de la casa. Aprecian vivir en un lugar lleno de historia y raíces, emblemático. Me gustan, son una minoría creciente; ojalá las administraciones los mimen y les ayuden a volver



al centro, haciéndolo de nuevo más habitable: Sin residentes la ciudad se reduce a parque temático.

- ¿Algo más? Sí, -respondo- un cuarto de queso; me llevo el que me aconsejes, que no me deje el suelo, a ser posible... Sonríe, llévate este puro de oveja también de los Montes. Es artesanal, una maravilla, madura aproximadamente durante 60 días en los municipios de Pulgar, Noéz, Totanés, Urda, Hontanar, Consuegra y Los Yébenes. Son unos quesos de alta calidad, asequibles para el bolsillo.

Pues venga, pónmelo; por favor, en taquitos para tapa. Sin problema. Me despido. El joven a mi lado pide también cuarto del jamón serrano que nos había ofrecido a degustar el charcutero. -Nos has metido el veneno dentro, le digo. Sí, responde el charcutero, para eso estoy aquí... Nos reímos. Llevo un producto de calidad en mi carrito, eso me gusta y me siento bien.

Salgo del mercado con un gusto agridulce. Siento que he compartido un momento bello e inolvidable con un pequeño grupo de comerciantes resilientes, rodeados de desafíos, con escasos apoyos. Se pre-

siente que cuando poco a poco vayan jubilándose, el supermercado que ostenta la concesión irá ocupando sus puestos. Algo único, propio de ciudad desaparecerá con ellos y ellas. Los pequeños comerciantes, familias y linajes de gente experta y sabia, son patrimonio material e inmaterial de la ciudad de Toledo. Si no hay renovación generacional, si no se ayuda a construir las condiciones materiales y simbólicas (prestigio y dignidad), para que continúen, se perderá algo único. Un hogar de la alimentación se convertirá en un centro comercial indiferenciado, réplica de los miles que invaden las calles de todas las ciudades y pueblos del mundo.

Leo unas palabras del nuevo presidente del Consorcio de Toledo, encargado de velar por la puesta en valor del patrimonio de la ciudad, gemelo de los consorcios de Santiago de Compostela y Cuenca, Jesús Corroto: «La fijación de población y la regeneración demográfica es fundamental porque el mantenimiento del patrimonio histórico, sin las personas, no tiene sentido» ■

Juan Ignacio Robles Picón
Profesor de Antropología Social
Universidad Autónoma de Madrid